

El contexto internacional de la huelga de marzo de 1917

Montserrat Huguet

Uc3m

Conmoción frente a la revolución

Cuando en marzo de 1917 el rey Alfonso XIII suspende las garantías constitucionales el clima general mueve a pensar que el movimiento obrero en España sigue la estela de otros países, iluminados todos por la inquietud social y revolucionaria en Rusia¹. Y es que los poderes de los países occidentales perciben los episodios de agitación social generalizada como un daño contagioso. En todo el mundo se comentan las noticias referidas a la segunda semana de marzo en Rusia.



Petrogrado, choque entre bolcheviques y el Ejército ruso, 1917. Fuente: Getty Images
https://ep01.epimg.net/cultura/imagenes/2017/01/27/babelia/1485532030_075027_1485533020_noticia_normal.jpg

¹ La revisión más reciente de la Revolución en español, Julián Casanova, *La venganza de los siervos*, Barcelona, Crítica, 2017. También, Neil Faulkner, *La Revolución Rusa. Una historia para todos*, Barcelona, Pasado & Presente, 2017.

En España el relato de los hechos (*El Liberal, El Imparcial, El Heraldo de Madrid, La Correspondencia...*) remite sobre todo a una concatenación de acontecimientos². Se informa de que en San Petersburgo, el 3 de marzo de 1917, la factoría Putilov ha cerrado, quedando sin empleo 30.000 trabajadores. Se habla de los actos del 8 de marzo de 1917: mítines y manifestaciones con motivo del Día Internacional de la Mujer, que devienen en acciones reivindicativas de signo político. Rusia pasa hambre y la gente que pide pan en la calle termina por expresar su rabia en manifestaciones públicas contra Nicolás II y el estado de guerra al que ha llevado al país, que incrementa las penalidades cotidianas. En los almacenes urbanos no hay trigo y la nación colapsa.

El Debate informa via radiotelegrama desde la estación británica de Carnarvón sobre el estado en que se encuentra Petrogrado ya desde el martes 13 de marzo -28 de febrero en el calendario ortodoxo-, una semana después del inicio de los disturbios. El día 14, *El Debate* menciona la Revolución indicando que se ha formado un “comité eventual” para gobernar la nación. La guarnición imperial –se lee- se pliega al dictado del pueblo revolucionario y detiene al antiguo Gabinete. En días posteriores, la abdicación de Nicolás II es un gran titular de portada. El 20 de marzo, *El Debate* sugiere que la revolución es un hecho en todo el país, para mencionar luego el estado de desorganización y caos que impera en la calle.



El Debate, 16 de marzo de 1917, con la noticia de la abdicación del Zar Nicolás II

<https://eldebatedehoy.es/wp-content/uploads/2017/06/16-marzo-1917-Abdicacion-1024x404.jpg>

² Cabe leer la excelente información dada en algún medio español, como *El Imparcial*, a cargo de Manuel Ciges Aparicio; para la situación de medios como *El Socialista* (prohibido desde mayo de 1917 por su respaldo a la huelga general) y *El Sol*, ver Celso Almuíña, *La imagen de la revolución rusa en España (1917)*, IH, nº17, 1997, pp. 207-217.

Los periódicos de todo el mundo dejan entrever que los revolucionarios han sabido hacerse con la situación, aprovechando la difícil coyuntura de privaciones y guerra para golpear a un gobierno débil y desconcertado³. La revolución llega antecedida de lo que las autoridades rusas, la Duma y el Presidente Rodzienko, califican de anarquía, tal como puede leerse en las memorias de Alexander Kerenski. La sucesión de acontecimientos se precipita, con la violencia callejera y la detención del gobierno del Zar, a quien se obliga a abdicar en su hermano Miguel. Zar por un día, este Romanov será sustituido por el gobierno del Príncipe Luov.

Europa está conmocionada, y no solo por el derrocamiento de Zar. Impresionan sobre todo las imágenes: los muertos en las aceras, el ejército del Zar superado por la fuerza del pueblo, y el levantamiento obrero. Golpe de estado o Revolución, la violencia y dimensión de los acontecimientos impactan a la opinión pública. Todo el mundo quiere entender qué está pasando en la remota Rusia. Desde la lucidez analítica al embargo romántico, los puntos de vista de periodistas, historiadores, intelectuales, políticos... se solapan. Las voces de los “atrapados en la Revolución Rusa” van legando a occidente⁴: los gritos de las mujeres en la cola del pan, la euforia y el terror de unos y de otros. Al margen de las interpretaciones lo que resulta indudable que la Revolución Rusa ya tiene su lugar en la historia.

Quienes observan la Revolución entonces, en los momentos en que se produce, pretenden que ha dado la puntilla al sistema caduco de la sociedad burguesa y capitalista, que augura quizá un ansiado internacionalismo fraternal que ha de enraizar ya para siempre el pacifismo universal. La violencia revolucionaria puede ser –se desea– un mal necesario para erradicar definitivamente la violencia. La revolución trae la imagen de la esperanza, siempre que pueda clonarse⁵. Ciertamente en la mayor parte de Europa no hay zares, pero sí algún imperio maltrecho y desde luego más de un monarca acuciado por el desgaste de los viejos mecanismos de las potencias del siglo XIX. Bajo circunstancias históricas específicas en cada caso, los países europeos que están en guerra, y los que no –como es el caso de España–, arrastran todos ellos un enorme malestar popular que puede estallar en cualquier momento bajo formas de rebelión imprevisibles.

La situación en la que viven las ciudadanías europeas en 1917 –El presidente francés Raymond Poincaré calificaría aquel de “año turbulento” en sus memorias– es dramática en buena medida por obra de la desastrosa prolongación en el tiempo de la guerra mundial. Tampoco debe menospreciarse el deterioro de los sistemas políticos nacionales. El estallido de la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914 había hecho visibles las contradicciones de los sistemas políticos y de las economías del gran capital. En la estela del desarrollo imperial de las últimas décadas del siglo XIX, la guerra de 1914 fue el colofón esperable de la carrera

³ Referencia obligada la crónica de John Reed, *Diez días que estremecieron el mundo*, publicada en inglés en 1919, redactada a partir de la experiencia del periodista en el Petrogrado revolucionario y es testigo de los debates públicos y la acción en las calles.

⁴ Helen Rappaport, *Atrapados en la Revolución Rusa, 1917*, Madrid, Palabra, 2017

⁵ M^a Teresa Largo, *La revolución rusa. La fábrica de una nueva sociedad*, Catarata, 2017.

armamentística de las potencias. Ya desde los comienzos del siglo varios conflictos armados habían anticipado la guerra. Imprescindible evocar en orden cronológico: de 1899 al 1902, la guerra de los *boers* en Sudáfrica; la guerra ruso-japonesa de 1904; el conflicto de Agadir (Marruecos) entre Alemania y Francia en 1911; la tensión entre Italia y Turquía a propósito de Libia en 1912-1913, y por supuesto las guerra balcánicas, entre 1912-1913.

El pacifismo internacionalista, defendido por los movimientos obreros en todos los países, se había ido al traste al precipitarse los acontecimientos. La Segunda Internacional, que desde principios de siglo había expresado reiteradamente su objetivo de evitar el choque de las potencias, no consigue sin embargo la unidad de acción, pues en su seno se expresan las diferencias a propósito del uso de la huelga general como herramienta⁶. Al estallar la guerra los principios de universalidad de la solidaridad de la clase obrera quedan en mero recordatorio de intenciones. Se está dando el golpe de gracia a uno de los fundamentos clásicos del internacionalismo obrero, traicionándolo, a juicio de los ideólogos del marxismo. Buena parte del movimiento obrero de los países en guerra se vería arrastrada por los argumentos de la defensa patriótica de la nación. La idea –equivocada– de que la guerra era un episodio pasajero ayudó quizá a partidos y sindicatos a obviar los principios ideológicos de la militancia⁷. Pero las instituciones oficiales aprovecharon la ventaja de este abandono puntual de posiciones para articular ejércitos de retaguardia, militarizando a los obreros en las fábricas⁸ de cara a un incremento de la producción estratégica⁹.

Con las primeras batallas y carnicerías humanas los trabajadores tuvieron un panorama claro de la situación en que se habían puesto a sí mismos al abandonar los principios de solidaridad y de pacifismo. Lenin denunció la catástrofe humanitaria que la guerra “imperialista” estaba causando y Leon Trotsky, en *La situación internacional. Un estudio del colapso del capitalismo*, -Congreso de Moscú, 1921- juzgó que la situación internacional en 1917 solo se entendía en clave de derrumbe del sistema capitalista. En este texto, Trotsky repasaba las raíces del problema, los países de la Europa en guerra, los coloniales, el sistema de las RRII desde la perspectiva soviética, etc.

En los inicios de 1917, tres inviernos después del comienzo de la guerra, en las trincheras se desvanecía toda esperanza de un final inmediato de la lucha armada. Habían tenido ya lugar grandes e inútiles matanzas colectivas en Verdun y la Somme. La cifra del millón de muertos solo en el frente occidental, se hacía tan inasumible como inexplicable a la población. La guerra submarina y los bloqueos navales frenaban el movimiento de

⁶ Madeleine Rebérioux, “La Segunda Internacional (1889-1914)”, en Jacques Droz (ed.), *Historia general del socialismo*. Vol. II: De 1875 a 1918, Destino, Barcelona, 1979, pp. 587-641.

⁷ Georges Haupt, *Socialism and the Great War*, Oxford, Clarendon Press, 1972; John Horne, *Labour at war: France and Britain, 1914-1918*, Clarendon Press, Oxford, 1991.

⁸ Melvyn Dubofsky, *We Shall be All: History of the Industrial Workers of the World*, University of Illinois Press, Urbana and Chicago, 2000.

⁹ Alessandro Camarda y Santo Peli, *L'altro esercito: la classe operaia durante la prima guerra mondiale*, Milán, Feltrinelli, 1980; Patrick Fridenson (ed), 1914-1918. *L'autre front*, París, Éditions Ouvrières, 1977.

mercancías y alentaban la falta de suministros básicos en las poblaciones civiles, subía la inflación y menguaba el valor real de los salarios. El consumo quedó restringido al favorecerse las industrias militares y, con una mano de obra reducida, se pedía a los trabajadores doblar turnos y acelerar el ritmo de su actividad. Ahora las mujeres, especialmente en los frentes atlánticos, trabajaban dentro y fuera de los hogares¹⁰. Hogares a los que no llegaba la comida ni el combustible para calentarlos en la dureza de aquel invierno de 1917.

Pero lo peor era no ver luz al final del túnel, la percepción de que la guerra estaba estancada, de que ni se ganaba ni se perdía y de que los gobiernos que habían metido a los países en aquel pozo carecían de herramientas políticas y diplomáticas para sacar de él a las naciones. Para ingleses y franceses solo la esperanza de que la entrada de los Estados Unidos en la guerra diera un vuelco a la situación de parálisis haciendo que la balanza se inclinase hacia la vieja Entente podía estimular en cierta medida a la opinión pública.

Debe entenderse el enorme impacto entre los trabajadores de los países cuyos hombres están en el frente que produjo la noticia de que Rusia se apea literalmente de la guerra y lo hace además llevando a cabo una revolución íntegra¹¹. El Tratado de Brest-Litovsk¹², firmado por la Rusia bolchevique un año después (3 de marzo de 1918), fue la expresión formal de la toma de postura de los revolucionarios ante los acontecimientos de la guerra del Catorce, pero también un punto de inflexión dentro de la guerra para las naciones de la Entente –Francia y GB, principalmente- cuyo socio da la espalda, abandonándoles, a la guerra contra Alemania. Esta paz “separada” de uno de los miembros de la alianza contra los Imperios Centrales, conllevaba acuerdos de anexiones y reparaciones entre Rusia y Alemania de enorme calado. Pero sobre todo sirvió para activar la revolución, con las consabidas disensiones internas entre los revolucionarios. Mientras Nikolai Bujarin lanzaba un llamamiento a la guerra revolucionaria, Trotsky formulaba el famoso eslogan de “ni paz ni guerra”.

Entre sobresaltos y perplejidades, en términos de sociedad internacional la guerra a la altura de 1917 estaba sirviendo de guía para no pocos cambios sociales. De momento, alentaba el interés de las naciones por establecer ciertas regulaciones legales para la

¹⁰ Una útil mirada, enciclopedia, sobre el tema en James Ciment (ed.), *The Home Front Encyclopedia: United States, Britain, and Canada in World Wars I and II*. Vol. I. Santa Bárbara, California, ABC Clio, 2007.

¹¹ Las ponencias presentadas en la jornada sobre *La revolución de Febrero de 1917 y la oleada revolucionaria europea (1917-1921)*, 3 de marzo de 2017, y organizada por la Asociación Catalana de Investigaciones Marxistas, Espai Marx, Fil Roig y El Viejo Topo, han sido publicadas en Alejandro Andreassi (coord.), *Crisis y Revolución. El movimiento obrero europeo durante la guerra y la revolución rusa (1914-1921)*, Vilassar de Dalt (Barcelona), El Viejo Topo, 2017.

¹² I Uri Fel shtinski , Yuri Felshtinsky, *Lenin, Trotsky, Germany and the Treaty of Brest-litovsk: The Collapse of the World Revolution, November 1917-november 1918*, Russell Enterprises, Incorporated 2012.

intervención armada. Además, actuaba de elemento corrector de las desigualdades sociales y de la privación de la presencia de las mujeres en la escena pública.

El año 1917 supuso la mundialización definitiva de la guerra al incorporarse de facto de los EEUU¹³. Una incorporación, de paso, que los historiadores consideran hoy clave para la conformación del poder hegemónico estadounidense del siglo XX¹⁴. En 1916 ya se proyectaban nuevas dimensiones bélicas en el Atlántico y el Pacífico y los viejos imperios coloniales, Francia y Gran Bretaña, veían peligrar los logros territoriales tan arduamente conformados durante las décadas previas. La Entente reforzaba sus capacidades pese a la salida de Rusia de la guerra y los Imperios Centrales comenzaban a tomar la medida de la verdadera naturaleza de su decadencia en el siglo XX. Las economías nacionales se transformaban a marchas forzadas para adaptarse a las circunstancias, y las mujeres tomaban posiciones en el tejido productivo de las sociedades atlánticas. En los países de la Entente los gobiernos terminarían, ante el estallido de protestas, saquéos y revueltas callejeras, por intervenir para aliviar en lo posible los estados de carestía, estableciendo el racionamiento y activando mecanismos que mejorasen la distribución de los alimentos¹⁵.

De modo que la historia de la Primera Guerra Mundial fue también una historia del hambre generalizada en las poblaciones en conflicto. En Gran Bretaña se racionaron alimentos esenciales como la harina, la mantequilla, la leche, la carne, el azúcar... (incluso para la familia real) y se dieron consignas a la población a propósito de cómo ahorrar cocinando, en la idea de que había que alimentar a los soldados en el frente. Se introdujeron las cenas en la escuela, para que los niños no dejaran la escuela por tener que hacer colas para obtener la comida racionada y las madres, que trabajaban en las fábricas o los servicios públicos, no podían cocinar para ellos. No así en los Imperios Centrales, donde era manifiesto el derrumbe de las administraciones ligadas a los gobiernos imperiales.

¹³ Anne Cipriano Venzon (ed.), *The United States in the First World War: An Encyclopedia*, Garland Publishing Inc, 1995. Para la implicación económica de los EEUU en la guerra, se editó un conjunto de volúmenes con el título *The United States and the Financing of the First World War: Exhibits on wartime and post-war financing, 1914-1923*, a cargo del United States. Congress. Senate. Special Committee to Investigate the Munitions Industry, U.S. Government Printing Office, 1937.

¹⁴ Michael S. Neiberg, *The Path to War: How the First World War Created Modern America*, New York, Oxford University Press, 2016.

¹⁵ Jay Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War: Vol 2. The State*, Cambridge University Press, 2014.

To be filled up by Food Office on issue. To be filled up by Retailer and BUTCHER for use by the holder. To be filled up by BUTCHER and BUTCHER Retailer for use by the holder. To be filled up by SUGAR Retailer for use by the holder. The Retailer must write on stamp their names and addresses in the appropriate boxes, and must be in agreement with the Food Office.	Holder's Surname: <u>Clair</u> Christian Name: <u>Leonard</u> Address: <u>3</u>	KEEP THIS CARD CAREFULLY RATIONING ORDER, N. 86. 1918. Food Office of Issue.
	Name and Address of BUTCHER A	Name and Address of Retailer for..... D
	Name and Address of BUTCHER Retailer B	Name and Address of Retailer for..... E
Name and Address of SUGAR Retailer C	Name and Address of Retailer for..... F	
SPARE. Signature and Address of Holder.	Name and Address of Retailer for..... D	
Keep this counterfoil and the top portion of the card, and read the accompanying leaflet of instructions.		

Cartilla de racionamiento, Gran Bretaña, 1918

<http://www.1900s.org.uk/life-times-images/food-ration-card-1918.jpg>

1917. Huelguistas por todo el orbe

La Primera Guerra Mundial aceleró muchos de los cambios en curso dentro de los estados occidentales¹⁶. Esta guerra y la Revolución Rusa actuaron de transfondo militar y revolucionario de una serie de transformaciones que afectaron muy intensamente al trabajo y a los trabajadores¹⁷. Las técnicas que incrementaban la productividad industrial, más específicamente el fordismo¹⁸ patentado en los Estados Unidos, alteraban la relación del obrero con la máquina construida por las revoluciones industriales del XIX. En la guerra se aplicaba la esencia del fordismo con las nuevas armas y los soldados y la población civil eran aniquilados también en masa.

En los inicios de la Guerra Mundial el sentido de responsabilidad para con los soldados en el frente de los obreros y empleados les hizo desechar, como vamos viendo, la huelga como una opción aconsejable. La realidad de la retaguardia sin embargo no era fácil. Muchos obreros cualificados habían sido reclutados para los ejércitos y sus puestos caían ahora en manos de trabajadores sin experiencia (mujeres, adolescentes y mano de obra colonial) a los que los patrones con menos escrúpulos podían explotar más fácilmente. Los

¹⁶ Pierre Purseigle, "La Primera Guerra Mundial y las transformaciones del Estado", Revista Universitaria de Historia Militar, 3:5, 2014, pp. 165-186.

¹⁷ Chris Wrigley (ed), *The Challenges of Labour: Central and Western Europe 1917-1920*, Londres, Routledge, 1993.

¹⁸ Benjamin Coriat, *El taller y el cronómetro: ensayo sobre taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, (1979), Siglo XXI, 2015.

empresarios minusvaloraron la capacidad de reacción de estos trabajadores aprovechándose en cambio de la rapidez con que adquirirían competencia laboral. En las penosas condiciones de trabajo de las grandes fábricas se estaba gestando un nuevo tipo de trabajador, muy lejos del peón que hacía un poco de todo o del antiguo obrero fabril. La responsabilidad del proceso industrial recaía en el diseño de los mecanismos de producción y este nuevo obrero quedaba, como una pieza más del engranaje, ligado a las complejas líneas de trabajo en las que su actividad devenía muy especializada y repetitiva.

La organización de las reivindicaciones adquiriría un nuevo sentido, ligada a una estructura laboral más articulada, fragmentada y jerarquizada. La intensidad de las jornadas laborales no era nueva pero sí diferente. De modo que en 1917 la fiebre reivindicativa y revolucionaria recorría las calles de todo el mundo¹⁹. Se estima que, solo en los países de Europa, se movilizaron y fueron a la huelga en torno al millón y medio de trabajadores. Y si la guerra mundial y la revolución en Rusia eran el mar de fondo que recorría las primeras páginas de los periódicos, no hay que perder de vista tampoco el impacto que tenían en la opinión las noticias sobre los movimientos huelguísticos en los diversos escenarios.

En Europa, las huelgas se distribuyen por las ciudades y centros industriales de los países en guerra de forma diversa. En Francia, con los socialistas en el poder, los movimientos de los obreros están mal organizados y estallan de manera explosiva. Las mujeres fueron aquí la mano de obra más persistente en las reivindicaciones y las mejor organizadas. En la retaguardia de la guerra, las empleadas en la fabricación de municiones en Dion Puteaux se habían puesto en huelga durante once días durante el verano de 1916²⁰. Estas mujeres lograrían media jornada de descanso, los sábados, después de que medios tan conservadores como *Le Temps* señalaran que si la empresa no había cedido a las presiones de los trabajadores varones menos aún había de hacerlo cuando quienes iban a la huelga eran las mujeres. Meses más tarde, en el verano de 1917 cundió el ejemplo y muchos otros trabajadores, por ejemplo los de la construcción, fueron a la huelga. Las trincheras se adherían y los soldados soltaban las armas²¹. Las mujeres seguían haciendo paros en protesta por la inflación y los bajos salarios, al tiempo que daban vivas a la Revolución en Rusia.

Pero si algo movilizó a los trabajadores –unos doscientos mil obreros del acero- en aquellos días en Francia fue el hecho de que Clovis Andrieu, un obrero pacifista y activista, fue castigado siendo enviado a luchar al frente. Las autoridades hubieron de dar marcha atrás desdiciéndose de la recluta de Andrieu para que los obreros volvieran a sus puestos. La penuria y el dolor por las pérdidas en la guerra azuzaban a los trabajadores para quienes el miedo a la represión quedaba en nada ante la experiencia militar. En Francia, como en tantas

¹⁹ Leopold H. Haimson y Charles Tilly, (eds), *Strikes, Wars, and Revolutions in an International Perspective. Strike Waves in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; Leopold H. Haimson, y Giulio Sapelli, (eds), *Strikes, Social Conflict and the First World War. An International Perspective*, Milán, Feltrinelli, 1992.

²⁰ Sylvie Schweitzer, *Femmes ont toujours travaillé (Les): Un histoire du travail des femmes aux XIXe et XXe siècles*, París, Odile Jacob, 2002, pp. 128-130.

²¹ Denis Rolland, *La Grève des tranchées-Les mitineries de 1917*, Imago, 2005.

partes, el grito que demandaba comida iba siendo sustituido por el que demandaba que las autoridades pusieran fin a la guerra. En 1917 los trabajadores de las empresas estratégicas: acero, vehículos (Renault, Citroën, y Peugeot), municiones... sabían perfectamente que tenían en sus manos la capacidad de detener la carnicería en curso si dejaban la cadena de producción. El liderazgo sindical fue en aquellos días especialmente castigado por empresarios y autoridades. Con la ley militar en la mano, se aplicaron castigos ejemplarizantes cuya finalidad era detener las huelgas.

Del otro lado del frente occidental, en los Imperios Centrales, la situación de la lucha obrera en 1917 era extremadamente compleja. En Austria, la protesta caía a bocajarro en un imperio caótico y sobre la tremenda crisis institucional que siguió a la muerte del anciano emperador, Francisco José, en noviembre²². Austria pasaba hambre y los obreros del metal en Viena, cerca de cuarenta mil, abandonaron sus puestos y se echaron a las calles. La idea de que los males que asolaban a los austriacos tenían que ver con la guerra movió a los huelguistas del comercio a manifestarse y exigir la paz en los inicios de 1918. Pero lo que pedía la gente sobre todo eran alimentos. La condición de la vuelta al trabajo de los huelguistas pasaba además por la concesión gubernamental –con la socialdemocracia en el poder- del reconocimiento de derechos básicos como el de reunión y el final de la censura. El modelo de Rusia estaba haciendo estragos entre los trabajadores en cuyos eslóganes podía leerse por ejemplo que se “hablase ruso”.

Huelgas de enormes proporciones se estaban dando también en Alemania desde casi el primer invierno de la guerra, entre finales de 1914 y comienzos de 1915²³. Durante los años del conflicto armado se multiplicaron las casi ciento cincuenta huelgas verificadas en 1915, sin que nunca dejaran de darse los motivos más primarios, los de la falta de alimentos, y la presencia activa de las mujeres en las protestas callejeras. En Dusseldorf la huelga en las fábricas de municiones se hacía para reivindicar la subida salarial. Pero la demanda de paz constituiría un grito unánime en las ciudades, en Berlín, en Dresde, o en Brunswick, con asaltos en esta última ciudad a los comercios. El frío invernal en 1917 complicaba aún más las difíciles condiciones alimenticias de los alemanes cuyos ánimos se desquiciaban. Hasta los tenderos –cerca de medio millón solo en Berlín- cerraban comercios y puestos en protesta por la situación. En una situación calificable de anárquica, también se abrían paso las reivindicaciones nacionalistas y de derecho de autodeterminación de los pueblos. El encarcelamiento del líder revolucionario Karl Liebknecht no mejoró las cosas y el gobierno puso a los militares en la calle para detener lo que a todas luces parecía una rebelión en toda regla. La paz, firmada con los rusos en el Tratado de Brest-Litovsk (1918), abriría un periodo de gran desasosiego social y profunda incertidumbre. Alemania parecía encauzada hacia la revolución y los poderes públicos a duras penas podían sofocarla. El estallido de 1917 se prolongó a 1918, ahora bajo los dictados de una verdadera huelga de masas

²² Jean-Paul Bled, *L'agonie d'une Monarchie, Autriche-Hongrie, 1914-1920*, Tallandier, 2014.

²³ Diane P. Koenker, William G. Rosenberg, *Strikes and Revolution in Russia, 1917*. New Jersey, Princeton Legacy Library, 1989, pp. 24-26.

encaminada a crear un estado socialista, con líderes al frente del calibre de Rosa Luxemburgo.

En Italia, Turin, los soldados animaban desde el frente a los suyos a que plantaran cara al gobierno por las restricciones. Aquí, como en tantos lugares, las mujeres constituían un porcentaje apreciable de los huelguistas pese a ser solamente una cuarta parte de los trabajadores²⁴. La falta de pan era general y la razón primordial de las huelgas y de las manifestaciones de niños en la calle. Tras las jornadas de más de doce horas en las fábricas las mujeres eran las principales afectadas por las largas colas frente a las panaderías de Turin que, en agosto, colgaban el cartel de “no queda pan”. Los obreros del ferrocarril abandonaban sus puestos declarando que sin comida que llevar a su familia ellos no trabajaban. De este modo, también en Italia padecieron inactividad laboral los sectores estratégicos de la economía: acero, vehículos y transporte, además de las fábricas de proyectiles. Pero los movimientos obreros no eran acciones dirigidas por fuerzas bien organizadas o activistas. Se trataba más bien de acciones espontáneas fruto del malestar popular por la escasez y la guerra. Las autoridades pretendieron atajar las huelgas turinesas de agosto de 1917 usando la fuerza: tanques y ametralladoras y arrestando a centenares de obreros, con un saldo de cincuenta muertos.

Puede pensarse que en casi todos los escenarios en los que se verificaban protestas laborales los gobiernos estaban perdiendo capacidad de contener a la ciudadanía, desconcertada por los efectos del gran engaño del nacionalismo patriótico y sobre todo por la incapacidad de los Estados para resolver tanto sus demandas básicas como, ya de paso, el déficit de democracia imperante en Europa. Pero no solo había protestas en Europa. En las antípodas de España, en Australia, la Gran Huelga de 1917 o Huelga General de Nueva Gales del Sur²⁵, ni fue general ni estuvo —explican los historiadores— confinada a Nueva Gales del Sur, aunque fuera esta la región más afectada por los episodios huelguísticos entre comienzos de agosto y de septiembre. Se estima que fueron concernidos por la huelga unos 100.000 trabajadores, pertenecientes a los sectores de la minería, el ferrocarril y los puertos. Los obreros mantuvieron intensas protestas y paros casi hasta finales de 1917.

En México -leemos el 23 de mayo de 1917 en el *International Herald Tribune*, de Nueva York- la extensión de la huelga supone la anarquía y la ruina general. Desde los intereses económicos estadounidenses se propaga la noticia de que los prusianos están detrás de las huelgas en México con el fin de frenar el aporte de crudo a los países de la Entente. Se publica que los huelguistas mexicanos reciben \$1.50 al día en oro, procedente de los agitadores alemanes para fomentar la huelga en las petroleras americanas que tienen el control de los recursos mexicanos. El área más afectada por las huelgas era Tampico y Vera Cruz y la prensa estadounidense llamaría la atención sobre la dificultad de la distribución del crudo a los ejércitos en guerra debido a las huelgas y a las acciones destructivas de los

²⁴ Sandra Halperin, *War and Social Change in Modern Europe: The Great Transformation Revisited*, New York, Cambridge University Press, 2004, pp. 184-186.

²⁵ Tom Bramble, Rick Kuhn, *Labor's Conflict: Big Business, Workers and Politics Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 37-41.

huelguistas en los campos petrolíferos²⁶. El trabajo de desinformación estadounidense ponía en entredicho la honestidad de México para con sus socios debido a la dudosa gestión de sus relaciones internacionales, de modo que dos cañoneras estadounidenses estacionadas en Tampico habían recibido refuerzos de otras dos procedentes de Vera Cruz. Al llamado de las autoridades locales para que no actuén, las autoridades americanas esgrimían la tesis de que sus barcos estaban apostados frente a las costas mexicanas para proteger sus intereses de las acciones de los huelguistas instigados por los alemanes.

El miedo al contagio se extiende en América. En EEUU, el Texas State Federation of Labour y el Houston Trades Council fueron dos organizaciones que lideraban también un movimiento de trabajadores de campos petrolíferos –Goose Creek en diciembre de 1916- en protesta contra la inflación, las prácticas paternalistas de las petroleras y sobre todo la pobreza en que viven los trabajadores. Estos obreros se afiliaban a los sindicatos masivamente en la primavera de 1917. El vínculo con el caso mexicano nace de la común entidad de la propiedad de los campos²⁷. En el otoño los campos de petróleo de Texas y de Luisiana viven una gran huelga (10.000 trabajadores), pero el año termina sin ningún tipo de conciliación entre las partes. Los empresarios y productores de petróleo buscan acabar con las protestas y paros de manera radical y con la intención de evitar el contagio. Y no es para menos, porque paran otros sectores de actividad en muchas ciudades estadounidenses. En las ciudades gemelas sin ir más lejos, Minneapolis y en St. Paul, no se había permitido a los conductores de tranvía – *Twin City Rapid Transit Company* (TCRTC)- crear un sindicato de conductores. Estos lanzan la huelga en el otoño de 1917²⁸. Las calles son tomadas por los conductores, al extremo de que la jurisdicción estatal traslada el problema a la federal en los inicios de 1918. El enfrentamiento callejero contamina a la población, la Guardia Nacional y hasta a las autoridades federales, como el Secretario de la Guerra y del Trabajo. Con la huelga fuera de control, Woodrow Wilson se niega a mediar, para evitar federalizar las soluciones tras los levantamientos de los trabajadores por todo el país. Sindicalistas y fuerzas de orden público chocan violentamente en las calles y los identificados como instigadores de las protestas son despedidos pero los conductores logran una subida salarial. La empresa de transportes organiza una cooperativa de trabajadores “leales”. Pese a todo, en un tira y afloja que dura meses, nadie parece ganar definitivamente la partida.

Se reactivan los movimientos por la paz

²⁶ Jonathan C. Brown, Alan Knight, *The Mexican Petroleum Industry in the Twentieth Century*, Austin, University of Texas, 2010.

²⁷ Lorenzo Meyer, *Mexico and the United States in the Oil Controversy, 1917-1942*, Colegio de México, 1977.

²⁸ George W. Lawson, *History of Labor in Minnesota*, Minnesota State Federation of Labor 1955, p.40.

El pacifismo internacionalista, defendido por los movimientos obreros en todos los países, se había ido al traste al precipitarse los acontecimientos que destruyen la paz²⁹. La Segunda Internacional, que desde principios de siglo había expresado reiteradamente su objetivo de evitar el choque de las potencias, no consigue sin embargo la unidad de acción, pues en su seno se expresan las diferencias a propósito del uso de la huelga general como herramienta de acción³⁰. Al estallar la guerra el principio de universalidad de la solidaridad de la clase obrera es un mero recordatorio de intenciones. Se está dando el golpe de gracia a uno de los fundamentos clásicos del internacionalismo obrero, traicionándolo, a juicio de los ideólogos del marxismo. El socialismo apoyó activamente el esfuerzo bélico, participando en algún caso, como el francés en gobiernos de unidad nacional, de “unión sagrada”, tal como los denominó Raimond Poincarè, Presidente de la República entre 1913 y 1920, en el mensaje a la nación de 4 de agosto de 1914³¹.



La Unidad Sagrada en Francia

<https://serhistoricos.files.wordpress.com/2017/04/union-sacree.jpg?w=800>

Buena parte del movimiento obrero de los países en guerra quedó abducido por los argumentos de la defensa patriótica de la nación que habían calado en el resto de los sectores de la población. La idea –errónea- de que la guerra sería un episodio pasajero ayudó quizá a partidos y sindicatos a obviar los principios ideológicos de la solidaridad internacional³². Las instituciones oficiales supieron aprovechar la ventaja de este abandono puntual de las posiciones históricas para articular los ejércitos nacionales de la retaguardia, militarizando a

²⁹ David Stevenson, “Estalla la guerra” en *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial.*, Barcelona, Debate, 2013.

³⁰ Madeleine Rebérioux, “La Segunda Internacional (1889-1914)”, en Jacques Droz (ed.), *Historia general del socialismo*. Vol. II: De 1875 a 1918, Destino, Barcelona, 1979, pp. 587-641.

³¹ Raymond Poincaré, *Au service de la France* (1914), Nouveau Monde éditions, 2012. Reciente biografía del político: George Balance, *Poincaré*, Perrin, 2017, que dedica el capítulo 21 a ver la actuación de Poincaré durante la guerra. Una revisión actualizada de la historia francesa en guerra: Alexandre Lafon, *La France de la Première Guerre mondiale*, Armand Colin, 2016.

³² Georges Haupt, *Socialism and the Great War*, Oxford, Clarendon Press, 1972; John Horne, *Labour at war: France and Britain, 1914-1918*, Clarendon Press, Oxford, 1991.

los obreros en las fábricas de cara a un incremento de la producción estratégica³³. Con las primeras batallas y carnicerías humanas los trabajadores tuvieron ya un panorama claro de la situación en que les habían puesto los estados y se habían puesto a sí mismos, al abandonar los principios de solidaridad y de pacifismo.

El estallido de la guerra impedía la reunión del Congreso de la Internacional Socialista. Los líderes del socialismo francés, Jaurés, Vaillant y Sembat, defenderían la paz y la idea de que solo la huelga general podía frenar el estallido de la guerra, aunque algunos, como Guesde, se oponía en la idea de que esta acción podía ser letal para Francia. Se argumentó que no había certeza de que la huelga se extendiese a todos los países que además, en caso de guerra, como era previsible, tendría consecuencias muy nefastas para las poblaciones. Este sector de opinión fue derrotado por los partidarios de la huelga general en un momento en que la paz perdía puntos pues la idea de entrar en guerra había arraigado entre los pueblos de Europa. En el año más crítico de la guerra, 1917, la diplomacia informal³⁴ de la socialdemocracia internacional intentó celebrar una conferencia de paz en suelo neutral, Estocolmo, un gesto que los gobiernos desaprobaban³⁵. La idea de la guerra había triunfado, tendría que admitir los líderes del movimiento social europeo tras el ultimátum a Serbia. Algunos acontecimientos desgraciados como el asesinato de Jean Jaurés contribuían al fracaso del pacifismo.

La socialdemocracia europea se movía al son del patriotismo. En los parlamentos, en el Reichstag alemán por ejemplo, se votaban créditos para la guerra con el apoyo de un sector de los diputados socialdemócratas, en este caso del SPD, y en Austria los socialistas tampoco actuaron intentando frenar las decisiones beligerantes del gobierno. Siendo a la altura de 1912 el SPD el partido mayoritario en el Reichstag, su evolución desde la defensa del desarme y el apaciguamiento internacional (manifestaciones multitudinarias en 1911) hasta la aceptación de la guerra era una evidencia del enorme calado del nuevo nacionalismo germánico. En 1914 la figura más veterana del SPD, Hugo Haase, defendía que una huelga general sería desastrosa para la victoria de Alemania contra Rusia. Los obreros debían apoyar a las instituciones pues el bárbaro régimen zarista en Rusia merecía ser aplacado por las armas si era preciso, se sostenía dentro del SPD³⁶. La invasión alemana de Bélgica

³³ Alessandro Camarda y Santo Peli, *L'altro esercito: la classe operaia durante la prima guerra mondiale*, Milán, Feltrinelli, 1980; Patrick Fridenson (ed), 1914-1918. *L'autre front*, París, Éditions Ouvrières, 1977.

³⁴ Cecelia Lynch. *Beyond Appeasement: Interpreting Interwar Peace Movements in World Politics*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1999.

³⁵ Toda esta actividad está preservada en los archivos de la Dutch-Scandinavian Organizing Committee, que centralizó la documentación proveniente de las delegaciones que deberían haberse reunido en Estocolmo. Los archivos, cerca de 150 documentos traducidos y anotados en alemán (Ver <http://www.socialhistoryportal.org/stockholm1917/documents> (última consulta 17 de octubre de 2017)); guardan además fotografías referidas a los protagonistas de los preparativos de la conferencia. Ver <http://www.socialhistoryportal.org/stockholm1917/images> (última consulta 17 de octubre de 2017)

³⁶ *William Mulligan*, "Public Opinion and International Relations", *The Origins of the First World War*, Cambridge University Press, 2017, pp. 155-156.

impulsó al sindicalismo y al laborismo (Labour Party) en Gran Bretaña (muy fragmentado internamente a propósito de esta cuestión) a aceptar definitivamente la guerra, pese a una etapa de dura crítica hacia la política que gestionaba los asuntos exteriores del país³⁷.

La Segunda Internacional, que había sido la voz del internacionalismo pacifista de los grupos y partidos socialistas, quedó inactiva a partir del verano de 1914. Su sede estaba en Bruselas, en el mismo territorio belga que era ahora escenario de la invasión alemana. Se trasladó la sede a Holanda para intentar que la Internacional no se desvaneciese definitivamente. En los comienzos de 1915 aún se pensaba que quizá pudiese convocarse una reunión. Pero ahora, los socialistas de la Segunda Internacional pertenecían a países en guerra. En 1915 las mujeres socialistas hicieron un encuentro en Berna y exigieron la paz a los gobiernos³⁸. Los socialdemócratas de los países neutrales se reunieron en Copenhague, en Londres los pertenecientes a los países de la Entente y en Viena los de los Imperios Centrales. Se planeaba una reunión conjunta en La Haya para verano de 1916.

Con la guerra en curso, Lenin y los socialdemócratas rusos denunciaron lo que dio en llamarse el “social patrioterismo” y abandonaron la Internacional Socialista, intentando crear sin éxito, en Zimmerwald en septiembre de 1915, una nueva internacional³⁹. Pero hacia 1916 el socialismo estaba totalmente fracturado y, aunque el pacifismo volvía a centrar muchos de los debates, no lo hacía con suficiente fuerza y contundencia. Y aunque ni mucho menos las socialdemocracias europeas la respaldasen plenamente, la idea de trastocar la guerra en curso en un vehículo para llevar a la crisis definitivamente a los estados burgueses fluía con celeridad entre los líderes de las izquierdas en toda Europa. Leon Trotsky, en *La situación internacional. Un Estudio del colapso del capitalismo*, -Congreso de Moscú, 1921- juzgó que la situación internacional a la que se había llegado en 1917 solo se entendía en clave de derrumbe del sistema capitalista. En este texto, el revolucionario repasaba las raíces del problema, los países de la Europa en guerra, los coloniales, y el sistema de las relaciones internacionales desde la perspectiva soviética. Se trataba –opinaba- de aprovechar el momento para emancipar a la clase obrera.

Hubo algunos jóvenes que ante la amenaza de ser llevados al frente objetaron, se negaron a responder a la recluta militar, queriendo expresar con ello que no aceptaban tomar parte de la lucha armada entre personas que no sentían hostilidad alguna⁴⁰. La idea de la objeción de conciencia no era nueva en relación a las guerras: se había hecho amplio uso de ella en grandes conflagraciones como la Guerra Civil de los Estados Unidos (1861-1865).

³⁷ Rhiannon Vickers, “The evolution of labour’s foreign policy. 1900-51”, *The Labour Party and the World*, vol 1, New York, Manchester University Press, 2003.

³⁸ Geraldine Ludbrook, Bruna Bianchi (ed), *Living War, Thinking Peace (1914-1924): Women’s Experiences*, Cambridge Scholars Publishing, 1916. Deborah Stienstra, *Women’s Movements and International Organizations*, London, Macmillan Press, 1994.

³⁹ R. Craig Nation, *War on War: Lenin, The Zimmerwald Left, and the Origins of Communist*, Durham/ London, Duke University Press, 1989.

⁴⁰ Jesús Castañar, *Breve historia de la Noviolencia*”, Pentape, 2010, cap. 10.

Pero en la Primera Guerra Mundial se abrió al público la controversia cuando se procedió a una recluta forzosa que afectaba a los jóvenes de muchos países. El patriotismo instado por las propagandas nacionales era tan marcado en los países en guerra que difícilmente podía la gente hacerse cargo de las razones anti bélicas esgrimidas por obreros y sindicalistas, gentes de la Iglesia o sencillamente jóvenes hostiles a la mera idea de una guerra. Había en estas reservas a la lucha armada un algo grado de espontaneidad, la misma que había acompañado tradicionalmente a las propuestas de paz de los anarquistas, como al mítica del holandés Domela Nieuwenhuis en los noventa del siglo anterior, que había invocado de las primeras conferencias de la Segunda Internacional la conversión de la guerra en una situación revolucionaria mediante el empleo de la huelga general y objeción de conciencia generalizada⁴¹.

La objeción de conciencia fue razonablemente señalable en todos los países en guerra, acompañada por supuesto de castigos contundentes como el encarcelamiento o los trabajos forzados (fue el caso de Liebknecht), que tuvieron su prolongación en el frente a la altura de 1917 con los conatos de rebeldía por parte de los soldados franceses e italianos principalmente. La objeción era común entre los militantes del anarquismo, que no se libró tampoco -como el resto de las fuerzas de izquierda del momento- de una grave fractura a cuenta del apoyo o rechazo de los nacionalismos. Hubo anarquistas que sin embargo abandonaban la seña de identidad del antimilitarismo. La firma parcial del Manifiesto de los Dieciseis, contra la guerra y en favor de una revolución contra el Estado, daba fe de la falta de unanimidad al respecto. Obviamente este sector, si bien contrario a la guerra, no era estrictamente pacifista, pues mantenía la conveniencia del uso de la violencia para el objetivo de una causa justa.

El pacifismo renovado durante la guerra tuvo entre sus defensores individualidades señeras. El escritor francés Romain Rolland publicó en 1915 *Por encima del conflicto* y en 1917 *A los pueblos asesinados*. Pero fue la de Bertrand Russell seguramente una de las figuras del pacifismo más carismáticas. El intelectual británico argumentó en contra de la guerra y defendió la objeción de conciencia perdiendo su cátedra y su propia libertad (fue encarcelado)⁴². El no uso de la violencia en Russell, que evolucionó, tuvo siempre el matiz limitador del apoyo a la confrontación violenta cuando la causa es justa, lo que le llevó a adoptar posiciones diferentes en la Primera y la Segunda Guerra Mundial⁴³. Como en la posición de Albert Einstein, el nazismo actuaría de palanca motivadora.

Al margen de las diatribas y tensión en el seno de las organizaciones sindicales y políticas obreras, en 1917 los trabajadores protestaban en la calles y seguían la huelga también en pro de la paz. Entre los grupos de trabajadores que pedían la paz, valgan dos casos, los de los trabajadores galeses y los australianos. Ambos ejemplos muy significativos, a uno y otro lado del Atlántico, en el Reino Unido, y en Estados Unidos, verifican la

⁴¹ Philippe Bourrinet, *The Dutch and German Communist. Left (1900 -68): 'Neither Lenin nor Trotsky* Leiden, Brill, 2017, p.21.

⁴² Jo Vellacott, *Bertrand Russell and the Pacifists in the First World War*, Harvester Press, 1980.

⁴³ Laura Slot, *Consistency and Change in Bertrand Russell's Attitude Towards War*, Sidestone Press, 2007.

reactivación del internacionalismo pacifista que había vivido horas bajas a la altura de 1914. El Movimiento por la Paz de Glasgow fue de los más activos desde comienzos de la guerra. Al frente, nombres destacados como los de John MacLean, James Maxton y sus hermanas, que, nada más declararse la guerra, decidían llamar a la manifestación callejera. En Glasgow, las demostraciones pro guerra eran enseguida contrarrestadas por otras favorables a la guerra, y actos del estilo de acampadas por la paz⁴⁴. De entre los grupos implicados: la ILP, *The Labour and Socialist Alliance*, *the Women's international League*, *the Peace Society*, *The Women's Social and Political Union*. El más relevante fue seguramente *The Women's Peace Crusade*, con importante sustrato de clase obrera en sus bases.

El activismo de Glasgow era expresión del vínculo entre socialismos y feminismos en todas sus variantes, pro y anti guerra y allí, al igual que en otros lugares del mundo, el movimiento de mujeres sufragistas estaba escindido en dos: las defensoras de la guerra y las que se manifestaban contrarias a la misma. El mero hecho de que las mujeres se estuvieran convirtiendo en fuerza de trabajo, mano de obra con actividad notable en fábricas y campo, hacía variar su posición ante el fenómeno de la guerra, que les daba ocasión de abandonar su condición tradicional de esposas, madres o enfermeras. Los hechos de la primavera de 1917 en Rusia y el resto de los países donde se verificaron revueltas obreras tuvieron en Glasgow también su efecto, con manifestaciones, mítines, y la movilización de miles de mujeres, amas de casa cuyos maridos e hijos habían muerto en la guerra y exigían el fin de la guerra. Se dieron marchas segregadas de hombres, mujeres y niños por las calles de Glasgow, los niños llevando carteles que rezaban “Quiero a mi padre”.

El pacifismo en los EEUU a comienzos de la guerra había estado financiado por los conservadores industriales del acero y del automóvil Andrew Carnegie o Henry Ford. Carnegie había donado diez millones de dólares a una fundación cuyo propósito era la abolición de la guerra que ponía en peligro la civilización -decía⁴⁵. Se sentía atraído por los argumentarios de Jane Addams y de Carrie Chapman. Y Henry Ford había puesto los fondos para una “expedición de paz”: un barco con más de cien personas que partiría hacia Europa en 1915 en demanda del cese de la guerra⁴⁶. Hacia 1915 las mujeres –el Partido Pacifista de las Mujeres, por ejemplo- combinaban sus objetivos antibélicos con las demandas de sufragio. Pero al entrar el país en guerra, estas iniciativas perdieron seguidores entre la gente común, que veía en el pacifismo un conjunto de iniciativas propias de las clases medias y altas, de los grupos con más recursos, ajenos a los intereses de las personas corrientes. No fue extraño comprobar que antiguos pacifistas sustituyeron la lucha para abrazar un patriótico intervencionismo. El movimiento feminista estadounidense también se escindió y el antibelicismo se encogía, relegado ahora a pequeños sectores liberales e intelectuales sobre todo en las ciudades.

⁴⁴ David Swift, “The Anti-War Movement, 1915-18”, *For Class and Country: The Patriotic Left and the First World War*, Liverpool, Liverpool University Press, 2017, pp. 67-77.

⁴⁵ Bill Kauffman, *Ain't My America: The long, Noble History of Antiwar Conservatism*, New York, Metropolitan Books, Henry Holt and Company, 2008.

⁴⁶ Lawrence Rosenwald (ed.), *War no More: Three Centuries of American Antiwar and Peace Writing*, New York, Library of America, 2016.

Con todo, como sucedía en tantos lugares del mundo, en 1917 también a Estados Unidos comenzaban a llegar noticias de soldados muertos. Un nuevo movimiento de paz, el llamado *People's Council of America*⁴⁷, emergía con una gran manifestación en el Madison Square Garden en mayo de 1917 a la que acudieron unas 20.000 personas. El *People's Council of America* llegó a alcanzar los más de dos millones de simpatizantes⁴⁸. El programa de la organización era lo que en la época se entendía como radical. Mirando hacia Rusia, el PCA solicitaba a las naciones una paz inmediata, justa, democrática, al tiempo que denunciaba el beneficio material de la guerra para los sectores productivos implicados, y expresaba su simpatía por los ideales de una economía y una sociedad tal y como se estaba planteando en la Rusia revolucionaria. Los sindicatos y el ala izquierda del Partido Socialista americano apoyaron este movimiento, que se asociaba también con IWW (*Industrial Workers of the World*).

People of America

YOU Must Pay for Peace

Mothers, Farmers, Workmen, Liberals
 YOU—the People must help, for the rich will not. The People's Council has no endowment—no wealth back of it. You must sacrifice in time and money. We need your help. You need our power. . . . The organized power of the sovereign people demanding peace and their liberties from their government.

We Need \$50,000 by September 1st

The entire country must be organized, the truth printed and spread broadcast. Unless your help comes NOW the People's Council will lack just that much power.

Send in your contribution—all you can afford—then add more by some personal sacrifice. The price of peace is little beside the price of War!

Send Contributions to the Treasurer:
DAVID STARR JORDAN,
 2 West 13th Street,
 New York, N. Y.

The Organizing Committee

Isaiah I. Bagley	William O. How	Isiah I. Magnus	Walter Russell
Emily Greene Balch	Edward T. Hartman	James H. Maurer	Paul Schlotzinger
Frederic D. Cannon	Aspy Mac Bickel	Immanuel McDonald	Samuel Schlotzinger
H. W. Co. Dana	Morris E. Huggel	Howard Marlin	Rose Schneiderman
Nagard W. Deane	Richard W. Huger	Patrick Neale	Western Starr
Mary Ware Bennett	Bishop Paul Jones	Scott Nearing	Frank Stephens
Crystal Eastman	John Lloyd Jones	James O'Connell	Sidney Strong
Miss Estlin	Lindsay M. Keisher	Scott Parkes	John W. Thomas
Edward C. Evans	Daniel Kiefer	Miss Cleve Parsons	John St. J. Tucker
Polk LaFollette	Charles Kraus	Max Fine	John W. Weeks
P. Felicitier	Algernon Lee	A. W. Ricker	

TREASURER:

David Starr Jordan

SECRETARIES:

Louisa P. Lochner	Lilla Fane Scott	Rebecca Stigley	Elizabeth Freeman
Executive	Organizing	Financial	Legislative

DAVID STARR JORDAN, Treasurer,
 2 West 13th St., New York.

I am in sympathy with the aims of the People's Council of America for Democracy and Peace. Enroll me as contributor. I send herewith \$..... for the support of the Council.

Name

Address

State

People of America

UNITE FOR PEACE

MOTHERS OF AMERICA

The President said in his Flag Day speech: "We are about to bid— it may be millions of our men—the young, the strong, the capable men of the nation—to die—on fields of blood far away." Mr. Hoover asks you to "Buy less and serve smaller portions" to your children at home. War means hunger and desolation. YOU WANT PEACE!

FARMERS OF AMERICA

Your toil feeds war. The food you win from Nature by hours of weariness, in cold and heat, is no longer coming back to you in necessities and comforts. It is no longer making easier the lot of your fellow-men. YOU WANT PEACE!

WORKERS OF AMERICA

Your labor pays the final cost of war. You work harder. You get less. Wages do not meet the increased cost of food. Your rights are threatened. Congress has passed a law that can stop strikers. War means your work is wasted. YOU WANT PEACE!

LIBERALS OF AMERICA

War constricts your minds and hearts. The hard-won rights of free speech, free press, and peaceful assemblage are threatened with violence. At least right radical papers have been denied the use of the mails. War crushes criticism, halts progress, and enslaves the people. YOU WANT PEACE!

You Must Organize for Peace
 in
 THE PEOPLE'S COUNCIL
 for DEMOCRACY and PEACE

Panfleto de *People's Council of America* oponiéndose a la guerra, 1917.

https://brocku.ca/MeadProject/Scrapbooks/images/Harriet_Organizing_Image.gif

La medida de la implantación de estos grupos pro paz viene dada por la preocupación del gobierno estadounidense, temeroso de que pudieran levantar a la clase

⁴⁷ C. Roland Marchand, *The American Peace Movement and Social Reform, 1898 -1918*, Princeton University Press, 1972; David S. Patterson, *An Interpretation of the American Peace Movement, 1898-1914*, en Charles Chatfield, *Peace Movements in America*, New York, Schocken Books, 1973.

⁴⁸ Charles DeBenedetti, *The Peace Reform in American History* (Indiana University press, 1980). Information for this chapter also comes from Philip S. Foner, *History of the Labor Movement in the United States, Vol. II*. (International Publishers, New York, 1955).

obrero. La Administración contrarrestó apoyando el liderazgo pro bélico de Samule Gompers⁴⁹, al frente de la *American Federation of Labor*, o fundando una organización de propaganda pro bélica: *The American Alliance for Labor and Democracy*, cuya finalidad era dinamitar desde dentro el trabajo de los opositores a la guerra. Entre la población negra, excluida de los sindicatos y sometida a segregación y linchamientos, no parecía haber razones de peso para embarcarse en una movilización pacifista, aunque siempre con excepciones. Fue el caso de la publicación mensual *The messenger*, anti bélica y socialista.

Antes y durante la Primera Guerra Mundial⁵⁰ la mayoría de las mujeres apoyó el hecho mismo de la guerra, las decisiones de las autoridades de los países a los que pertenecían, lo que sin duda sería, para las mujeres, un signo inequívoco de que el pacifismo no es en absoluto consustancial a las mujeres. Que fueran o no pacifistas no acercaba ni las alejaba del voto y de los derechos de una ciudadanía plena, unos objetivos tradicionalmente ligados a los movimientos de mujeres pacifistas en todo el mundo occidental. En julio de 1914 en Reino Unido, la *International Women Suffrage Alliance* pidió la paz al Ministro de Exteriores, en nombre de 12 millones de mujeres de 26 países⁵¹. Además de blandir el argumento de la razón y del sentido común, las mujeres se habían plantado ante los parlamentos de Europa para llamar la atención de los políticos sobre tantas otras que habían perdido a sus vástagos en el campo de batalla. A las mujeres que protestaban en la calle se las tachaba de *antinaturales*, pero lo antinatural –dirían ellas- era precisamente dejarlas huérfanas de hijos. Echarse a la calle para protestar por la guerra no fue la única manera de luchar en pro de la paz. Muchas mujeres rechazaban la guerra protestando por los efectos nefastos de la misma en la subida de los precios o por las reclutas obligatorias de soldados.

El pacifismo internacionalista obrero y el activismo sufragista dejaron espacio a no pocas mujeres de intensa cultura política y con capacidad para construir posturas propias, al margen de la línea de pensamiento de los partidos y organizaciones⁵². Mujeres estadounidenses por ejemplo, que tomaban la palabra con libertad en público y a exhibían comportamientos propios (socialmente inadecuados) cuyo objetivo era la construcción de culturas de paz, anticipando lo que décadas más tarde se conocería como la tradición desobediencia civil⁵³. Por ejemplo las socialistas europeas, contrarias a la postura oficial de sus partidos políticos, que convocarían el *Congreso Internacional de Mujeres por la Paz* en 1915, tras las conferencias

⁴⁹ Frank L. Grubbs, Jr., *The Struggle for Labor Loyalty: Gompers, The A.F. of L., and the Pacifists, 1917-1920*, Duke University press, 1968; Bernard Mandel, *Samuel Gompers: A Biography*, Antioch press, 1963.

⁵⁰ S. Cooper, “Women’s Participation in European Peace Movements: The Struggle to Prevent WWI” en R. Pierson (ed): *Women and Peace: Theoretical, Historical and Practical Perspectives*, Londres, Croom Helm, 1987, pp. 51-75.

⁵¹ Leslie Hume, *The National Union of Women’s Suffrage Societies 1897-1914*, Routledge, 2016.

⁵² Para el caso estadounidense, el libro premiado por la Asociación de Historiadores de las Relaciones Internacionales de los Estados Unidos (*American Foreign Relations, Kuehl Award Winner, 1999*): Frances H. Early, *A World Without War: How U.S. Feminists and Pacifists Resisted World War I*, Syracuse University Press, 1997

⁵³ Lewis Perry, “Wild, Unaccountable Things. Civil Disobedience and Woman Suffrage”, en *Civil Disobedience: An American Tradition*, New Haven, London, Yale University, 2013, pp. 126-180.

internacionales de mujeres socialistas en Stuttgart (1907) o Copenhague (1910). La nómina de las pacifistas que alcanzaron renombre es extensa. La estadounidense Jane Adams había trabajado en la reforma social junto con George Herbert Mead, apoyando los derechos de huelga de las mujeres del sector textil en 1910. Su preocupación en pro de la paz la llevaría a fundar en 1915 la *Women's International League for Peace and Freedom* y a pronunciarse en contra de que su país, los Estados Unidos de América, participase en la guerra un año después. Llegarían a celebrarse en Europa dos Congresos de Mujeres Pacifistas: el *Congreso de Mujeres Socialistas Internacionalistas* y el *Congreso Internacional de Mujeres*, en La Haya, liderado por la sufragista y pacifista holandesa Aleta Jacobs y por Jane Addams. En él participaron más de mil mujeres, pese a carecer muchas del pasaporte que les permitía viajar al congreso.

Los macabros efectos de la guerra se dejaban sentir en Europa, cuando en la Haya, abril de 1915, un grupo internacional de mujeres celebró el mencionado Congreso Internacional para solicitar a los gobiernos de Europa y de los Estados Unidos que detuvieran la guerra. Aunque el objetivo estuvo lejos de conseguirse, al menos, el Congreso de la Haya plantó las bases del futuro movimiento de mujeres en pro de la paz, dando a luz la mencionada *Women's International League for Peace and Freedom*, que añadía al objetivo de la paz el de la libertad, vinculándolo al ya por entonces popular principio de libre determinación de los pueblos. Harriet Thomas fue secretaria, organizadora y ponente del Congreso Internacional de las Mujeres para la Paz (*Women's International Congress for Peace*) que tras la guerra se convertiría en WILPF. En 1917, la actividad del movimiento por la paz fraguó la *Women's Peace Crusade*. Pese a los estragos evidentes que la guerra estaba causando en las poblaciones, la opinión pública maltrataba a estas mujeres considerando que su insistencia en detener la guerra era propia de los traidores y antipatriótica.



Las mujeres se movilizan en pro de la paz. WILPF, 1915. Colección de *George Grantham Bain* en *the Library of Congress*.

http://wilpf.org/wp-content/uploads/2013/04/7374746528_c4226a7773_c.jpg

En 1917 tuvo lugar el *Congreso Internacional de Mujeres por el entendimiento entre los pueblos* mientras en buena parte de las ciudades de Europa se producían manifestaciones masivas de mujeres contra la guerra. Pero incluso en el final de la guerra, el activismo pacifista no salía en balde a las mujeres, que eran arrestadas, sometidas a vigilancia policial, o incapacitadas para ejercer su profesión, como fue el caso de la maestra francesa Hélène Brion, retirada de su puesto por distribuir panfletos en pro de la paz en 1918. Durante la guerra las mujeres sufragistas fragmentaron, como en otros colectivos, su opinión. Algunas simpatizaban con el esfuerzo bélico de los gobiernos nacionales, mientras otras persistían en demandar el cese de hostilidades. Al terminar la guerra el discurso de las pacifistas, de la concordia y el entendimiento entre quienes habían sido enemigos y contendientes hasta la fecha, carecía de un significado oportunista, pues ellas habían respaldado su esencia durante los años de la guerra.

Las pacifistas habían vivido al margen de la corriente nacional imperante y vapuleadas por la opinión pública durante los años previos y, como los defensores del internacionalismo, eran tachadas de antipatriotas. El sentimiento de pertenencia nacional de las pacifistas emergía de una especie de sororidad de signo transnacional⁵⁴. Cuando, tras la guerra, no pocos sectores del pensamiento y el orden mundial propugnaban un nuevo orden internacional pacifista del que habría de surgir forzosamente una nueva economía que diera luz a nuevas relaciones sociales, el encuentro de las pacifistas en Zurich (1919) constituyó un espaldarazo al sentido común y al pragmatismo, el acceso a la patria común: la paz.

Así, en torno al hecho mismo de la guerra se construyó una patria virtual respecto a la que todas aquellas mujeres pacifistas aspiraban a poseer una carta de ciudadanía o pasaporte. Las fronteras de esta nación se estaban edificando con las redes transnacionales del activismo. Pese a ello, en mayo de 1919 las mujeres de los movimientos pacifistas fueron excluidas de las negociaciones de paz en París⁵⁵. Esto no las amedrentó y ellas se reunieron en Zurich para formular su propia visión de lo que debería ser una paz durable y ofrecer propuestas a propósito de la cooperación entre las naciones. Entre las representantes del pacifismo de los diversos países había no obstante diferencias que se tradujeron en tensiones. Algunas pacifistas culpaban a la organización de un exceso de pro germanismo y no veían con buenos ojos que los perdedores –y a la par causantes oficiales del daño, según los tratados de paz- compartieran mesa en condiciones de igualdad. Era el caso de no pocas pacifistas de Francia y Bélgica, países que habían sufrido la dura ocupación alemana.

1917 no fue un fracaso

⁵⁴ A.S. Fell, y I. Sharp (Eds), *The Women's Movement in Wartime: International Perspectives, 1914-1919*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007.

⁵⁵ I. Sharp y M. Stibbe, M. (Edes), *Aftermaths of War: Women's Movements and Female Activists, 1918-1923*, Leiden, Brill, 2011.

El impacto en la historia de la Gran Guerra y de la Revolución Soviética, trasfondo de la Huelga General de 1917 en España, sigue siendo visible. Nadie puede hoy pensar la geopolítica mundial sin tomar nota de los efectos sobre el mapa de aquellas enormes convulsiones. La manera en que las potencias habían ejercido su liderazgo hasta la fecha sufriría alteraciones significativas. Con la guerra y la revolución cambió el modelo de hegemonía y entró en crisis la particular tradición colonial de los viejos imperios. Guerra y Revolución se convertirían además (con poco éxito, conviene decir) en modelos a desterrar en el orden de las cosas europeo y occidental: la Guerra, que había puesto fin a un largo periodo “pacífico” en Europa, sería rechazada por la desastrosa imprevisibilidad derivada de su larga duración, y la Revolución, a causa fundamentalmente de la violencia que se aplicó a la consecución de sus objetivos. En términos de nacionalismo exacerbado, la Primera Guerra Mundial había mandado el peligroso mensaje a la sociedad internacional de que toda nación que así lo desee merece un escenario en el que desplegar un estado fuerte. Pero al mismo tiempo, la visión del derrumbamiento de dos imperios, el Imperio ruso, el austrohúngaro y el turco sugería que las unidades territoriales desmedidas acaban siendo estados fallidos sobre los que se ceban sus vecinos.

En la plenitud de una guerra como fue la de 1914, la más global conocida hasta la fecha, el mundo experimentó además la visión de que una revolución popular y obrera masiva era posible. Dificilmente podemos comprender hoy el grado de estupor y de incertidumbre que se instaló en las opiniones públicas de todo el mundo ante los acontecimientos, primero de otoño de 1914 y luego de 1917. En aquel contexto, la percepción general era de que todo estaba perdido, de que todo podía ir a peor. El hartazgo de las poblaciones había tocado el límite de lo humanamente tolerable y estalló en formas diversas, algunas muy parecidas a aquellas del Antiguo Régimen: la demanda de pan en las calles; otras plenamente contemporáneas: la exigencia del cese de hostilidades en la guerra.

La propia brutalidad de la contienda no fue ni mucho menos ajena a la revolución larvada en todas partes, especialmente en los escenarios europeos. En 1917 los muertos y los heridos en el frente se contaban por millones y la movilización de los jóvenes aún en la retaguardia hasta las trincheras resultaba amenazante. Ante la devastación de las poblaciones, se verificaron enseguida fenómenos impensables tan solo unos meses antes: el acercamiento y confraternización de los soldados enemigos, la desertión de unos y otros en el frente, y la muerte por la espalda que daban los oficiales a los soldados que desertaban. Con la amenaza de muerte en el frente y en la retaguardia, los chicos que consiguen zafarse de la garra de la trinchera vagan por los campos oliendo la amenaza a cada paso⁵⁶.

En las marchas masivas en las ciudades, demandando que la guerra toque a su fin, ya no hay miedo a la represión de las autoridades. El miedo queda relativizado porque las acciones de la policía y los militares contra los manifestantes apenas representan nada si se las compara con las masacres en los frentes. Sin embargo, en 1917 los gobiernos son

⁵⁶ Carme Manuel, Ignacio Ramos, *Letras desde la trinchera. Testimonios literarios de la Primera Guerra Mundial*, Universitat de València, 2015.

incapaces de afrontar la demanda internacional de cese de hostilidades y mantienen la presión sobre las poblaciones con tal de sostener el pulso al enemigo. Así que puede decirse que sí, que la guerra ha acelerado e intensificado la rebelión obrera ahondando estas las brechas internas de los sistemas políticos y productivos nacionales. Los trabajadores en estado de guerra, hablan con las huelgas y las marchas, diciéndole a los gobernantes que es el momento de alterar las relaciones entre empresarios y obreros, entre los gobiernos y las sociedades. Las mujeres activan también su propia causa: como sujetos históricos que reclaman derechos para sí mismas y para los grupos de acción a los que pertenecen. Y un renacido socialismo internacionalista pretende una paz democrática.

La guerra del Catorce fue también una prueba de resistencia para el movimiento obrero herencia del siglo anterior. De ella saldría más fragmentado pero con nuevas perspectivas a propósito de una sociedad cambiante. Con la Revolución Rusa en curso, parte de la socialdemocracia había interpretado que la guerra entre los imperios podía ser eficiente a su causa, pues facilitaba el caldo de cultivo de la revolución de los obreros al llevarles a situaciones límite. Para otra la teoría dicta unir esfuerzos para prevenir o detener la guerra, sin perder el contacto con lo aprobado en el Congreso de Basilea de 1912:

“Si una guerra amenaza con estallar, es deber de las clases trabajadoras y de sus representantes parlamentarios en los países involucrados [...] hacer todo lo posible para evitar el estallido de la guerra por los medios que consideren más eficaces [...] En caso de que la guerra se desencadene de todos modos, es su deber intervenir en favor de su pronta terminación y aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para despertar al pueblo y así acelerar la caída del régimen capitalista [...] *(la guerra)* no puede justificarse con la mínima excusa de interés popular de ninguna índole [...] *(por parte de los obreros)* será un crimen disparar los unos contra los otros”.

Estos socialdemócratas entienden que es preciso apoyarse en las clases que detentan la propiedad de las empresas (burguesías) para evitar el caos en las sociedades ya de por sí debilitadas por el esfuerzo de la guerra.

A modo de balance final, la tendencia general con respecto a los procesos huelguísticos de 1917 en la mayoría de países es la de valorarlos negativamente, tomando como argumento no solo sus efectos en materia de pérdidas humanas y materiales sino el hecho de que, a fin de cuentas, fracasaron, fueron fallidas en todas partes. Siendo esto cierto, una mirada despegada de las historias nacionales nos permite observar que también puede hablarse de un enorme éxito. El mero hecho de que nutridos grupos de trabajadores, hombres y mujeres, o pequeños comerciantes, echasen el cierre a las plantas de producción y a sus negocios en muchos países a la vez, para salir a la calle en protesta por la desatención de los poderes públicos a sus necesidades vitales y para exigirles la paz, es de por sí un mérito histórico de relieve. Toda esta gente, con experiencias locales y sin apenas

conocimiento de qué estaba sucediendo más allá de sus fronteras, actuaron de manera semejante ante retos particulares pero sustentados en experiencias históricas parecidas: ante la desigualdad social, frente a la penuria fomentada además por los esfuerzos de la guerra, contra la insensibilidad de los empresarios ciegos al esfuerzo sostenido de las familias a lo largo de los meses en que muchos de ellos eran reclutados para ir al frente.

Visto desde este ángulo, el internacional, quizá pueda sugerirse que 1917 no fue un año tan aciago. Peldaño insoslayable en la historia de las demandas de justicia y derechos sociales de los trabajadores occidentales, resultó también un revulsivo para las mujeres enfrentadas una vez más a la histórica separación de los espacios público y privado, y que hubieron de vincular las demandas de género a la lucha laboral y pacifista.